

Toda imagen divina, colectiva o no, toda figura humana, todo ideal, colectivo o no, del orden que sea, que se vuelven el soporte de una proyección arquetípica se encuentra por ello mismo en posición de ídolo en la psique: su intenso poder energético le asegura el lugar más elevado. Pero sin proyecciones, no hay vida psíquica. Sólo la proyección permite a la consciencia entrar en relación con las energías y los contenidos inconscientes. Tan peligrosas y, generalmente, devastadoras como pudiesen ser, las proyecciones y, en particular, las proyecciones arquetípicas, son indispensables para la constitución de los opuestos psíquicos y, así pues, la condición *sine qua non* para el nacimiento del proceso de individuación, es decir, del dinamismo que nace de la tensión centrada de los contrarios. Sin proyección arquetípica no puede haber surgimiento del símbolo, puesto que esta emergencia implica la retirada de la proyección. Desde luego, al menos la consciencia juega su rol propio, al adherirse más a una proyección arquetípica, más se petrifica la energía psíquica, más rígida deviene la psique, pero permanece aún, más o menos débilmente, estructurada por la tensión y el juego de los contrarios. Esto es lo que llamamos *idolatría del primer grado*, comparable a aquella de los tiempos bárbaros en lo que está de acuerdo con el nivel de consciencia ya alcanzado, y en lo que la inconsciencia que le corresponde es igualmente una *inconsciencia del primer grado*, es decir original, que esconde por consecuencia un potencial de evolución.

Pero si la consciencia acaba por radicalizar una proyección arquetípica de tipo colectivo y por coincidir con ella al punto de identificarse enteramente en ella, y por excluir de la psique al Otro interior por la eliminación concreta del otro en tanto que Otro, es decir por el sacrificio, entonces la idolatría atraviesa un umbral, el umbral mismo cuyo franqueo define el mal radical. Este sacrificio de lo Otro al ídolo de lo Mismo es lo que llamamos la *idolatría del segundo grado*, y la inconsciencia que le corresponde, siendo un rechazo absoluto de la consciencia, una voluntad de obcecación e ignorancia a cualquier costo, es así pues igualmente una *inconsciencia del segundo grado*, sin ninguna posibilidad de dinamismo, así pues sin ningún potencial de evolución. Por el sacrificio organizado a partir del inconsciente, el ser humano derrama las energías del arquetipo del Sí-mismo a la destrucción de la psique, y de ahí al asesinato de lo humano en el hombre. Los fundamentalismos religiosos que practican el sacrificio humano, desfiguran y desvirtúan a la divinidad que ellos pretenden servir en un ídolo del NO-sentido.

la intuición vela en él con la imagen del peregrino, su compañero-guía, como un órgano receptivo a los pensamientos del entre-dos-mundos, y a los pájaros que permiten el paso entre el mundo de los arquetipos y el humano. Recibe la enseñanza de un proceso escalonado de recepción por la mirada, de asimilación del alimento, es decir que él aprende la necesidad de acercarse gradualmente al misterio, a su grandeza y esplendor, a fin de que el consciente, dilatándose y abriéndose, devenga apto para la integración con el *Ánima*. Ésta pierde entonces, a través de los develamientos sucesivos, la fuerza fulminante que es la suya en la revelación entera e instantánea.

Encarnándose, a través de la relación con el consciente, ella deviene partícipe de la medida humana y puede actuar de manera benéfica en la realidad terrenal. ¿Ella se ha transformado? Sí, sin duda; pero no en el sentido de una metamorfosis, aquí más bien en el de una armonía finalmente encontrada con el consciente, de una nota fundamental donde el arquetipo y el consciente entran en acorde. Se comprende que, en los cuentos de fracaso, tanto el hada-serpiente como el esposo prefieren sustraerse a una confrontación tan peligrosa: pues si se intenta la aventura de la integración y la potencia del contenido arquetípico vence al consciente o lo hiere gravemente, aunque no sea más que por un tiempo, el dolor es para la psique entera, consciente e inconsciente, de una intensidad abrasadora, insostenible, en el cual la nostalgia resignada de los cuentos de fracaso puede parecer tristemente preferible.

El *Ánima* cruel

Si la belleza de Mahoulena es un peligro mortal para aquel que se le aproxima sin prepararse para esta revelación, se trata ahí, sin embargo, de una de estas figuras de *Ánima*, por mucho, las más numerosas, incluso si no son accesibles más que por un deseo absoluto, que da la prueba de su valor, de su intuición y de su perseverancia a través de los trabajos y los peligros extremos, están abiertas en ellas mismas al amor, inmediatamente hospitalarias con aquel que ellas esperaban sin conocerle, deseando amar y ser amadas. Es involuntariamente que Mahoulena pone en peligro de muerte a quien la ama. Pero también hay cuentos, más raros pero no tanto, en que la figura de *Ánima* parece hostil al amor.

Estas figuras de *Ánima* por el contrario, aunque no sean en absoluto destructivas —punto capital que debe subrayarse— son extremadamente

inclina entonces, y la madrastra cierra con todas sus fuerzas la pesada tapadera, cortando el cuello del niño.

La segunda característica de la bruja devoradora de niños es la necesidad que ella sufre de alcanzar el extremo de la deshumanización: no sólo desea comer a los niños, y comerlos rostizados en el horno, sino hacerlos rostizar vivos, y durante varias semanas obliga a la niña a engordar a su hermano como un ave de corral, haciéndole saber con qué propósito lo hace. Desatender estos “detalles”, como si se tratara ahí de exageraciones fantásticas ligadas a los miedos infantiles, es condenarse a no comprender nada de estos cuentos. Estos no exageran en absoluto, desde el momento en que se tiene presente en la mente la situación de estos niños en la casa de sus padres: exponen solamente aquello que obra en la psique de la madrastra y lo que a través de ella les amenaza, tramando su pérdida.

La tercera característica de estas brujas devoradoras de niños es, como lo explica admirablemente el cuento, que ellas tienen “los ojos rojos y, por consiguiente, mirada corta; pero un excelente olfato, como los animales.” Ya se ha tratado la cuestión⁶ sobre ese carácter de instinto del mal radical, quien tiene la seguridad y la sutileza al mismo tiempo que la programación ciega y repetitiva; pero mientras que el instinto en la naturaleza, incluso cuando se dirige a la destrucción y a la muerte, sirve en general a la vida, o al menos no entra en contradicción con la vida en su conjunto, el mal radical no solamente no sirve jamás a la vida, sino que entra en una lucha mortal contra la esencia de la vida propia en el humano, que es el acceso al símbolo y con ello el paso a la creación en el plano del *Pneuma*. Conserva las características del instinto pero revierte las finalidades que, más que de destrucción, son de deshumanización y de asesinato de toda semilla de humanización. Pero al mismo tiempo que tiene este olfato de odio, tiene la mirada corta: no se conoce más que a él mismo, percibe dónde puede deslizarse y cómo, sin embargo, todo aquello que es fecundidad, destrucción transformante y crecimiento se le escapa, así como todo aquello que es consciencia no instrumentalizada, Consciencia arquetípica. Es esa incapacidad total de mirar alto, profundo y vasto, a ver lo que no es él, que lo coloca en posición de debilidad, cuando no sabe que ha devenido transparente a la mirada y ya no tiene por aliadas a la ingenuidad, la perplejidad, la angustia, el enloquecimiento, el terror de su presa.

6 Cf. *Introducción*, p. 45.

manera tan monstruosamente dulce más que para hacerse las cosas más fáciles, tan concreta como interiormente. Si ella no extendía las manos, él se las cortaría a la fuerza. Está reducida a la total impotencia, no puede “hacer” nada —sino llorar y testimoniar así que no se rinde al mal radical: salva así la fuente de su ser, el punto central, pero no salva más que este punto, esta fuente en el fondo de ella.

Sin embargo, es tal el horror aquí que la joven se encuentra transferida, sin ninguna rebeldía, tan lejana o más lejana de lo que hubiera podido llevarla toda rebeldía: su padre en ella está muerto cuando sus manos están muertas. Rechaza todo de él: es como si no oyera incluso la proposición que él le hace de mecerla con el lujo adquirido al precio de sus manos. Ella prefiere el vagabundeo, el hambre, incluso no prefiere: es simplemente así. No lo juzga: él está juzgado en ella y no existe más para ella. Ya no tiene manos pero es ella, pertenece a sí misma. Sin embargo, lo contrario también es verdadero: ella es a sí misma, pero ya no tiene manos. Contrariamente al rey de la montaña de oro, no lleva en sí lo que puede llamarse una trampa de efecto retardado mortalmente peligrosa, que necesariamente entrará en acción cualquier día, pero no impide a la personalidad construirse. Lleva en sí los terribles estragos y terriblemente presentes, que, si no han destruido el centro de la psique, hacen de la existencia un dolor cotidiano y parecen, finalmente, tener que llevar a una destrucción psíquica total.

Después de la pérdida de sus manos, la joven, con los brazos atados en la espalda, camina hasta cerrar la noche y tiene hambre. Está cerca de un vergel real y, a la luz de la luna, ve los árboles cubiertos de frutas magníficas; pero el vergel está rodeado de una fosa llena de agua. Pide la ayuda de Dios; un ángel aparece, deseca la fosa en este lugar, atraviesa y come la fruta sobre el árbol, agarrándola con la boca. Después se esconde. Pero estas magníficas frutas están contadas y el rey, quien al día siguiente viene al vergel y constata que le falta una, interroga al jardinero que había estado presente durante la escena nocturna sin osar intervenir, a causa del ángel, y cuenta al rey lo que ha visto. Éste decide velar la noche siguiente con un sacerdote. A medianoche, la joven se desliza cerca de un árbol, acompañada del ángel vestido de blanco, y come una fruta. Entonces, el sacerdote se adelanta y le pregunta si ella es de Dios o del mundo, un espíritu o un ser humano. Ella responde que es un ser humano abandonado por todos, excepto por Dios. Conmovid por ella, el rey le dice que no la abandonará. Manda hacerle unas manos de plata y la toma por esposa.

hermanos, condición tan dura que se comprende con plenitud la preparación psicológica que ella ha hecho sufrir a la joven. Se puede decir verdaderamente que ella le asesta las condiciones, una tras otra, como para imprimirlas de manera indeleble en su ser, poniéndola en guardia, con terrible rigor, contra la única palabra que, aunque fuese pronunciada solamente una hora antes de concluir los siete años de silencio, no solamente aniquilaría la obra casi terminada, sino significaría, más allá de la no-liberación de sus hermanos, su muerte.

Tal vez se piensa que ahí se trata de una voluntad de dramatización, de un gusto de la hipérbole. Pero es equivocarse grandemente: en la lucha contra la influencia interior del mal radical, la liberación no está asegurada ni es definitiva sino hasta cuando el mal radical ha sido visto en la sin-medida de su horror, sino hasta cuando han sido disueltos todos los sentimientos, sensaciones, obsesiones, fantasmas, pensamientos, por los cuales, infiltrándose en la psique, asegura sobre ella su dominación y la vacía de su sustancia. Mientras guarda el mínimo ascendente, desde el único punto desapercibido aún o tenido por desdeñable, por donde el trabajo se realizará sin falta algún día, el mal radical puede reconquistar repentinamente todo el espacio perdido, e incluso aún más. Es la idea contenida en la imagen de los siete años, en los cuales no debe faltar ni aunque fuese una hora, ni aunque fuese un segundo. Si el retorno de la fuerza del mal radical se debe, como en *El rey de la montaña de oro*, a la entrada en acción de una de estas trampas de efecto retardado que el coloca en la psique, el espacio perdido puede ser reconquistado, como es el caso en este mismo cuento, y el mal radical excluido para siempre de la psique. Pero si el regreso de su fuerza es debido a la ligereza, a una falta de presencia en la obra interior, como sería el caso si la joven olvidara este silencio del cual consiste la obra para ella, y pronunciara una palabra, entonces todo estaría perdido, ya que esta ligereza es como una deserción al combate que libra la ciudadela contra el enemigo con todos sus recursos y todas sus fuerzas.

Sin embargo, quienquiera que se comprometa de manera decisiva en el trabajo de liberación interior está sometido tan prolongada, constante y rigurosamente en esta preparación psicológica con la cual la anciana aquí hace beneficiar a la joven, que se encuentra ampliamente prevenido contra toda ligereza, toda ausencia a él mismo. Y esta preparación es a la vez, a través de los sueños, acontecimientos, señales, tan precisa, tan hábil, tan vigilante que no es extraño verla aquí tomar forma, ya que no puede ser vivenciada más que como intencional, mientras que ella

proceso que conduce a la más alta realización interior, ¡a las imágenes y a los términos del sacrificio del niño y de la sangre redentora! Este hecho no significa que ningún lenguaje colectivo, ni aquel de las palabras ni aquel de las imágenes, sea apto para guiar, expresar y, de alguna manera, “encastrar” de forma nítida y luminosa la liberación última de la influencia del sacrificio sobre la psique: y la ambigüedad constituye entonces un llamado a la individuación, a un sentimiento y pensamiento individuados, sin los cuales la psique permanece, en el peor de los casos, como disuelta en la lapa sacrificial heredada de su genealogía; en el mejor de los casos, prisionera de la incoherente debilidad del consciente colectivo en materia del mal radical.⁸ Sólo el sentimiento individuado está en condiciones de denunciar la ambigüedad mortal de los términos y fijar el sentido de las palabras, con el objeto de que finalmente sean diferenciados el sacrificio y el duelo, el sacrificador absoluto y el llamado de lo infinito que despierta el deseo de compromiso total.

Debe subrayarse una vez más, antes de dejar los cuentos maravillosos, con cuánta claridad ellos distinguen el mal transformable del mal radical. Hemos visto anteriormente que, en los cuentos de búsqueda, algunas figuras animales, sufridas como repugnantes, y algunas figuras semi-animales, más o menos monstruosas y muy destructivas, se transforman en formas humanas o en seres con saber y con poder divinos. Se trata de contenidos psíquicos todavía poco desarrollados, como la rana en *Las tres plumas*, que se transforma en muchacha, o de contenidos psíquicos “embruajados”, es decir detenidos por alguna causa en su desarrollo, incluso obligados a regresar a un estado arcaico, como el Rey-rana, que se transforma en joven, e incluso a veces pervertidos por una ira destructiva, como *Juan de hierro* que se transforma en una figura arquetípica del padre o del Sí-mismo bajo su aspecto paterno. Es esencial destacar que, por el contrario, las figuras que en los cuentos de liberación o de búsqueda-liberación tienen que ver con el mal, es decir las figuras de la descreación, *jamás* se transforman.

Si ellas son puramente metafísicas, separadas del personaje humano que se somete a ellas y les sirve de instrumento, como el diablo en *La doncella sin manos* o en *El rey de la montaña de oro*, evidentemente no son “matadas”, sino al final del relato pierden todo poder sobre la

8 El exorcismo ritual que constituye la condenación de la Shoa siendo, aunque muy necesario, igualmente muy impotente de despertar en el ser un sentimiento inmediato de la naturaleza del proceso sacrificial, lo que permite sin embargo sólo combatirlo ahí donde sin cesar él se perpetúa en lo invisible.